

José Hernández

## Martín Fierro (7. De carta de más me vía...)

**Poema original:**

VII

De carta de más me vía  
sin saber adónde dirme;  
mas dijeron que era vago  
y entraron a perseguirme.

Nunca se achican los males,  
van poco a poco creciendo,  
y ansina me vide pronto  
obligao a andar juyendo.

No tenía mujer ni rancho,  
y a más, era resertor;  
no tenía una prenda güena  
ni un peso en el tirador.

A mis hijos infelices  
pensé volverlos a hallar  
y andaba de un lao al otro  
sin tener ni qué pitar.

Supe una vez por desgracia  
que había un baile por allí,  
y medio desesperao  
a ver la milonga fuí.

Riunidos al pericón  
tantos amigos hallé,  
que alegre de verme entre ellos  
esa noche me apedé.

Como nunca, en la ocasión  
por peliar me dió la tranca,  
y la emprendí con un negro  
que trujo una negra en ancas.

Al ver llegar la morena  
que no hacía caso de naides  
le dije con la mamúa:  
"Va... ca... yendo gente al baile."

La negra entendió la cosa  
y no tardó en contestarme  
mirándome como a perro:  
"más vaca será su madre".

Y entró al baile muy tiesa  
con más cola que una zorra  
haciendo blanquiar los dientes  
lo mismo que mazamorra.

"Negra linda"... dije yo,  
"me gusta... pa la carona";  
y me puse a talariar  
esta coplita fregona:

"A los blancos hizo Dios,  
a los mulatos San Pedro,  
a los negros hizo el diablo  
para tizón del infierno."

Había estao juntando rabia  
el moreno dende ajuera;  
en lo oscuro le brillaban  
los ojos como linterna.

Lo conocí retobao,  
me acerqué y le dije presto:  
"Por... rudo... que un hombre sea  
nunca se enoja por esto."

Corcovió el de los tamangos  
y creyéndose muy fijo:  
-"Más porrudo serás vos,  
gaucho roto", me dijo.

Y ya se me vino el humo  
como a buscarme la hebra,  
y un golpe le acomodé  
con el porrón de ginebra.

Ahi no más pegó el de hollín

más gruñidos que un chanchito,  
y pelando el envenao  
me atropelló dando gritos.

Pegué un brinco y abrí cancha  
diciéndolés: -"Caballeros,  
dejen venir ese toro;  
solo nació... solo muero."

El negro después del golpe  
se había el poncho refalao  
y dijo: -"Vas a saber  
si es solo o acompaño."

Y mientras se arremangó  
yo me saqué las espuelas,  
pues malicié que aquel tío  
no era de arriar con las riendas.

No hay cosa como el peligro  
pa refrescar un mamao;  
hasta la vista se aclara  
por mucho que haiga chupao.

El negro me atropelló  
como a quererme comer;  
me hizo dos tiros seguidos  
y los dos le abarajé.

Yo tenía un facón con S  
que era de lima de acero;  
le hice un tiro, lo quitó  
y vino ciego el moreno.

Y en el medio de las aspas  
un planaso le asenté  
que le largué culebriando  
lo mismo que buscapié.

Le colorieron las motas  
con la sangre de la herida,  
y volvió a venir furioso  
como una tigra parida.

Y ya me hizo relumbrar  
por los ojos el cuchillo,

alcansando con la punta  
a cortarme en un carrillo.

Me hirvió la sangre en las venas  
y me le afirmé al moreno.  
dándole de punta y hacha  
pa dejar un diablo menos.

Por fin en una topada  
en el cuchillo lo alcé  
y como un saco de güesos  
contra el cerco lo largué.

Tiró unas cuantas patadas  
y ya cantó pa el carnero.  
Nunca me pude olvidar  
de la agonía de aquel negro.

En esto la negra vino,  
con los ojos como ají,  
y empesó la pobre allí  
a bramar como una loba.  
Yo quise darle una soba  
a ver si la hacía callar;  
mas pude reflexionar  
que era malo en aquel punto,  
y por respeto al dijunto  
no la quise castigar.

Limpié el facón en los pastos,  
desaté mi redomón,  
monté despacio y salí  
al tranco pa el cañadón.

Después supe que al finao  
ni siquiera lo velaron  
y retobao en un cuero  
sin resarle lo enterraron.

Y dicen que dende entonces  
cuando es la noche serena  
suele verse una luz mala  
como de alma que anda en pena.

Yo tengo intención a veces  
para que no pene tanto,

de sacar de allí los güesos  
y echarlos al camposanto.